

tanta y tan alta prudencia encargaron y previnieron genios y sabios como San Agustín y Santo Tomás.

En esto sí que no hay duda posible. Es necesario no olvidar que no estamos en la época de Voltaire, ni siquiera en el siglo XVII; hay que remontarse al siglo XIII y más allá, pero para volar desde allí arriba hacia mayores horizontes.

Alguien ha dicho que «la Fe es como la montaña, y la Ciencia como el Águila que anida en ella. Dejémosla volar, que el Águila volverá a la montaña».

Yo opino que no se separará jamás, sino reducimos la montaña a un terrón y el águila a un murciélago.

Mil enhorabuenas, pues, por su brillantísimo trabajo.

Suyo afmo.,

Alejandro Fidal y Albón.

Madrid, 7 de Noviembre 1.898.



Introducción general

Nolite multiplicare loqui sublimia, gloriantes: recedant vete ra de ore vestro; quia Deus scientiarum Dominus est, et ipsi preparantur cogitationes.—*I. Regum*, II, 3.

Omnia probate: quod bonum est tenete.—*Theosal.* V, 21
Quidquid ipsi (infideles) de natura rerum veracibus documentis demonstrare poterint, ostendamus nostris litteris non esse contrarium.—S. Agustín, *De Genesi ad Litt.* I, I, c. 21.

In his quae de necessitate fidei non sunt, licet Sanctis diversimode opinari, sicut et nobis.—Sto. Tomás, *In Sent.*, II, Dist. 2.^a q. 1, a. 3.

§ I. Estado actual de las ciencias naturales.

Sus progresos en este siglo: sus enigmas: sus tendencias.

Al rayar en su ocaso el siglo, por algo llamado *siglo de las luces*, incumbe al pensador cristiano dirigir una mirada escrutadora á través de las ciencias naturales, examinar sus progresos, sus enigmas, sus tendencias, para que, en vista de su estado actual, pueda colegirse el que tendrán en el siglo que viene, y corregirse mejor las tendencias pseudo-científicas, y desvanecerse las tinieblas que nos rodean, de tal manera que brille la

harmonía que siempre reina entre la verdad natural y la verdad revelada.

Y comenzando por los progresos, es cierto que nunca la razón humana pudo gloriarse, ni lo podrá quizá, de tantos, tan rápidos, tan útiles y tan admirables, como los que en orden á las ciencias naturales realizó en el siglo que fenecce.

La Física, en todas sus ramas, nos ha venido llevando de prodigio en prodigio. Nada diremos de los adelantos de la mecánica, tan patentes en el desarrollo de la industria; ni de las maravillas del vapor, que en sus alas nos lleva por tierras y mares, sin que tengamos ya que envidiar ni la agilidad de los peces ni la ligereza de las aves.

La electricidad, resuelto ya el problema de la dirección de los globos, nos ofrece el dominio de los aires, y en los submarinos nos promete el de los abismos del mar. Y logrando que el pensamiento, cual si no hubiese distancias, se comunique de uno á otro extremo de la tierra con la rapidez del rayo, convierte la humanidad en una sola familia. El teléfono trasmite, no el pensamiento solo, sino con él la voz articulada, á través de mares y tierras; y, el micrófono, estereotipando y eternizando las vibraciones sonoras, hace que la misma palabra viviente resuene á través de los siglos.

En el radiófono, la luz se asocia á la electricidad y le disputa los honores de transmitir la voz humana.—La fotografía, no satisfecha con haber logrado grabar y volver imperecederas las fugitivas imágenes de la cámara oscura, conviértese en instantánea y puede reproducir con el cinematógrafo las formas en movimiento, las escenas animadas. La transformación de la electricidad en luz destierra los antiguos sistemas de alumbrado, que,

en comparación del eléctrico, parecen juegos de niños, y nos suministra esos focos potentes que, á manera de soles, disipan las tinieblas de la noche y la obscuridad de los antros. Y, finalmente, los invisibles rayos X de Röntgen, última maravilla del siglo, muestran á las humanas investigaciones lo que nunca pudieron mostrar ni aún los brillantes destellos solares.

La Química, compitiendo con la Física y aún superándola, si cabe, formándose, como quien dice, de repente, erigese en ciencia tan aventajada, que ha llegado casi á conquistar el soberano dominio de la materia, y se gloria ya de fabricar pequeños mundos en el seno de sus matraces y retortas. Y como si fuese poco manifestar los secretos de la formación del mundo mineral, aspira á revelar otros muchos de los cuerpos orgánicos.

La Historia Natural consigue otros no menos admirables progresos: descubre un número maravilloso de formas antes desconocidas, y hace que los animales y las plantas cuenten su vida, su desarrollo, en fin, su historia. Penetrando felizmente en los mundos infinitamente pequeños, sorprende, con ayuda del microscopio, los secretos de esa muchedumbre incontable de imperceptibles vivientes, tan relacionados con nosotros, que muchos de ellos, más que útiles, nos son indispensables, y otros muchos más temibles que las corpulentas fieras. Y penetrando también en los abismos del mar, saca á luz tantos seres extravagantes en que no pudieran soñar los antiguos naturalistas. Por último, estudia y establece las leyes de la distribución de los organismos en el tiempo y en el espacio y las relaciones que entre sí guardan.

La Anatomía, alcanzando la precisión y delicadeza patentes en la Histología, no se concreta á la disección

de las formas á simple vista perceptibles; sino que analiza los ínfimos elementos, y nos declara las maravillas atesoradas en una célula viviente.

La Fisiología va adquiriendo la precisión de ciencia exacta, reduciendo muchos fenómenos á leyes y aún á fórmulas precisas; y, analizando las diversas funciones de los organismos inferiores y superiores, enseña á relacionarlas.

La Biología general, tan recientemente fundada, se reserva para sí el estudio de las más sorprendentes manifestaciones vitales, así en la célula como en el individuo y en la especie; y esclarece las leyes que presiden á la propagación de la vida, y á la transmisión de los caracteres, á la división del trabajo fisiológico, diferenciación de los elementos, evolución, adaptación, etc.

Si la Citología manifiesta los misterios de la vida de esas células que, harmónicamente unidas, constituyen la máquina del organismo, la Embriogenia analiza la vida completa de él, desde que es simple célula hasta que, por sucesivas divisiones y subdivisiones de ésta, llega á formar una tan complicada máquina que como por sí sola se constituye y desarrolla.

La Paleontología completa los conocimientos que nos pueden proporcionar los organismos actuales: estudia la série de los precedentes, restablece la perdida historia del desarrollo de la especie, examina las relaciones que entre aquéllos hay así en el tiempo como en el espacio, viniendo á llenar con formas extinguidas los vacíos que en el cuadro de los seres vivientes se notaban.

La Geología, unida con la Paleontología, descubre entre los pliegues de la corteza terrestre la historia auténtica de nuestro planeta, que en páginas de radiante luz dejó trazada con su diestra la Sabiduría del Eterno-

Entre tanto, la Astronomía, auxiliada de las demás ciencias, sus hermanas, y singularmente de las físicas y matemáticas, no contenta con haber hecho visible la rotación de la tierra, ni con medir y calcular los movimientos de los astros y sus distancias respectivas, en las mismas irregularidades de esos astros ó en sus perturbaciones misteriosas reconoce otros nuevos, errantes en el espacio. Valiéndose del espectroscopio, examina su íntima naturaleza y su estado de condensación; y así, á la vez que contribuye á probar la identidad de composición del Universo, descubre otros cuerpos nunca en nuestro planeta conocidos. En las rayas y ondulaciones que aquel admirable aparato le presenta, aprende á comprobar y medir la prodigiosa marcha de ciertas estrellas, que se aproximan á nosotros ó se alejan, sin que, en los siglos históricos, eso haya influido nada ni en la forma de las constelaciones, ni en su posición relativa sobre la esfera celeste. También mide la velocidad con que inmensas nubes de hidrógeno recorren la superficie del sol. Y dando un paso de gigante, comprueba, corrige y completa la grandiosa hipótesis de Laplace, relativa al origen de nuestro sistema solar, y la extiende, no sólo á todo el mundo parcial de la vía-láctea, sino á todos los otros mundos: á todas las nebulosas resolubles é irresolubles, perdidas en el espacio, adonde la misma luz, con ser tan estupenda su velocidad, tarda en llegar miles y miles de siglos (1); mostrándonos, así, el desarrollo de cada uno de esos mundos parciales y de todo

(1) Con tener la luz una velocidad de 77,000 leguas por segundo, tardará á pesar de eso 15,000 años en recorrer el diámetro de la *vía-láctea*; y para llegar hasta nosotros desde ciertas nebulosas análogas á la misma *vía-láctea*, pero tan alejadas que resultan imperceptibles á simple vista, no puede tardar, según cálculos de Arago, menos de 5 millones de años!

el Cosmos junto, á partir de una nebulosa informe y caótica hasta llegar á constituir, por evolución espontánea, pero sujeta á leyes de la Sabiduría infinita, tantos sistemas estelares, tantos soles resplandecientes con sus respectivos sistemas planetarios, que con su hermosura dan de la divina testimonio elocuentísimo.

Todas las ciencias físico-cósmicas reunidas, comprobando los luminosos principios de la conservación de la materia y de la energía, nos han llevado á una síntesis sublime: *la evolución cósmica*. La Química nos ha patentizado que en todas las reacciones posibles no aumenta ni disminuye, ni un átomo, la substancia, permaneciendo siempre idénticos el peso de un compuesto y el de sus componentes; de donde resulta haber hoy tanta cantidad de materia como en un principio cuando acababa de salir de las manos del Creador. Y la Física transformando unas energías en otras, según una equivalencia fija, nos hace ver cómo toda la fuerza, que se manifiesta, ora en movimientos mecánicos, ora en sonidos, ó sea, en ondulaciones de la materia ponderable; ora en calor, luz, electricidad, magnetismo, ó sea en otras tantas maneras de movimiento ú ondulaciones del éter, es, en el fondo, una misma cosa, resultando siempre entre la energía actual y la potencial una misma suma, que se conserva tal como salió de la infinita virtud del Omnipotente, cuando el espíritu de Dios *agitaba ó incubaba* (1) la materia informe y caótica, y cuando, á la voz de *haya luz*, apareció ésta en torrentes de rapidísimas ondulaciones luminosas.—Las ciencias biológicas esfuézanse por su parte, por someter el desarrollo del imperio orgánico á

(1) Vid. Vigouroux, *Bible Polyglote*. (París, 1898). Gen. 1, 2, nota.

otras leyes sencillísimas, y establecer en él otra evolución aún más admirable que la cósmica.

Pero si tantos y tan portentosos han sido los descubrimientos de las ciencias naturales, en la misma proporción han crecido la obscuridad y los enigmas.

Cada nuevo horizonte ofrece nuevos misterios.

Si las ciencias físicas han comprobado los principios de la conservación de la materia y de la fuerza y el de la unidad esencial de ésta; aun queda por resolver el problema de la multiplicidad ó identidad de la materia: si todos los cuerpos, que se dicen simples, son realmente diversos ó irreductibles, ó si no representan más que distintos grados de condensación de otros átomos más diminutos, como parece darlo á entender la sencilla relación que guardan los pesos atómicos. Y dado que, estos cuerpos sean idénticos, falta saber si la materia imponderable y la ponderable son ó no idénticas.

Aquí todo tiene que reducirse á conjeturas, porque el mismo éter, que es como el alma de la Física moderna, tiene una realidad muy dudosa. Si algo sabemos de él, es, que vibra y que vibra de tal manera; pero estas mismas vibraciones, su asombrosa rapidez, su modo de realizarse perpendicularmente á su propagación, y sus relaciones con la materia ponderable, no hacen más que acrecentar los enigmas. Porque, si los físicos han logrado someter la impalpable luz á las leyes inflexibles de la mecánica; si han medido la portentosa velocidad con que atraviesa los espacios y hasta han hecho la anatomía de su tan sutil naturaleza, resolviéndola en los colores del arco iris y determinando el número y la amplitud de las vibraciones que á cada uno corresponden; si saben en una palabra, que la luz es un movimiento vibratorio de imponderable rapidez (de unos 500 á 700

billones de vibraciones por segundo), no saben qué es eso que vibra ni á qué cosa dan el nombre de ondulación etérea.

No menos enigmáticos son los problemas relativos á la naturaleza de la materia y de la energía. Los más furibundos materialistas tienen, al fin, que reconocer que el fundamento mismo de la ciencia experimental se subtrae á la observación; que no saben qué es la materia, que cuanto más analizada es, más se burla de nuestros análisis; pues todo lo que de ella sabemos (que son las distintas maneras que tiene de impresionarnos) no es materia, sino fuerza. Así que muchos de ellos acaban por negar la realidad de la materia, diciendo que ésta no es más que una série de puntos de aplicación de los distintos sistemas de fuerzas, que, ofreciéndonos resistencia, se nos presentan como substancia (1).

Acerca de la naturaleza de la fuerza casi ocurren dudas análogas. (2) De la fuerza juzgamos por la impresión sensitiva; y ya se sabe cuán erróneo sería traducir como realidad exterior la misma sensación subjetiva; cuánto puede ésta diferir del objeto que le corresponde, cuán diversa es, por ejemplo, la sensación auditiva, de la vibración de una cuerda ó de una campana, y la sensación luminosa, de la ondulación etérea.—De ahí que muchos positivistas, después de tanto abominar de la metafísica, acaben en un escepticismo particular, dudando de todo sino es de los fenómenos de la conciencia, es decir, de un asunto metafísico (3).

(1) V. Amer, *Dios y el Cosmos*, Palma, 1889. P. 56 y sigs.

(2) V. *Id. ibid.* p. 112, 127.

(3) V., por ej. Paulhan, *Physiologie de l'esprit*, chap. VI.

Más inaccesibles todavía que estos son los enigmas relativos á los primeros principios (1). ¿De dónde vino la materia? ¿De dónde la fuerza y el movimiento?—Ante tales problemas la legítima ciencia experimental se detiene, entendiendo que no le incumbe á ella lo relativo á los primeros principios.

Aparte de estos enigmas de la materia y de la fuerza, están en pié, desafiando toda experiencia, los referentes al origen y naturaleza de la vida y á la condición esencial de su propagación. La vida es, ciertamente, una actividad que no existe en la materia bruta. ¿Cuál es la naturaleza de esa actividad, de ese agente misterioso que impone su obediencia en medio de las leyes ordinarias que rijen el mundo mineral, sustrayéndose de alguna manera á ellos?—*Los sabios* de ahora suelen tener verdadero horror á las palabras *principio ó fuerza vital*; mas no pueden reemplazarlas. Algunos pretenden reducir la vida á energías puramente físicas y hasta han encargado á la Química fabricar organismos vivientes; pero los más ilustres químicos desesperan, sino es que se ríen, de tal pretensión. Verdad es que han fabricado ciertos *principios inmediatos*, de moléculas muy sencillas, análogas á las minerales; pero nadie se comprometerá jamás á fabricar los *principios orgánicos*, realmente complicados y característicos de la vida; y si los pudiesen fabricar, nunca podrán (por ser imposible, como los más doctos químicos lo reconocen) fabricar ni el menor producto *organizado*: ni el más sencillo *elemento anatómico*, ni el más rudimentario *organismo*, como un microbio,

(1) Son muy interesantes las confesiones del librepensador famoso Du Bois-Reymond sobre los siete grandes enigmas de la ciencia, en *Les limites infranchissables des sciences expérimentales*; así como también las del célebre agnóstico, Spencer, *Essays Scientific, political and speculative*.

una célula, una fibra ó una simple porción tenuísima de protoplasma.

Esto es, indudablemente, producto característico y exclusivo de la vida: ella sola lo fabrica y lo sabe fabricar. Si, pues, no podemos producir ni el más sencillo organismo, mucho menos la misma vida: que «de donde no hay vida, no puede salir la vida»—«es, por confesión del materialista Tyndall,—«el principio más seguro de la ciencia experimental.»—«No es posible, escribe con razón Salisbury (1), ejecutar lo que sólo la fuerza vital es capaz de producir, llamar á la existencia al mismo organismo y obligarle á recorrer la série de cambios que debe padecer. He ahí la fuerza desconocida que continúa desafiando, no sólo nuestra imitación, sino también nuestro análisis. La Biología ha sido grandemente activa y feliz en la última mitad del siglo: sus triunfos han sido brillantes, y bastante ricos, no sólo en resultados inmediatos, sino también en promesas de futuros progresos. Sin embargo, podemos decir que no ofrecen ninguna esperanza de penetrar en el centro del gran misterio. Muy notables han sido los progresos realizados en el estudio de la vida microscópica...; pero hasta este momento la ciencia ha sido mucho más hábil en descubrir sus estragos que en impedirlos».

Con ser tantos los enigmas de las ciencias, (2) y aunque más fueran, no habría de qué maravillarse; que, al cabo, el enigma condición es de la humana sabiduría. Lo extraño y lo malo es, que los sabios, para esclarecer

(1) *Les limites actuelles de notre science* (trad. de Fonvielle), París, 1895, pág. 25 y sigs.

(2) «Una obscuridad profunda, confiesa el faribando agnóstico Roberty (*Agnosticism*, París, 1892, pág. 8) oculta los fundamentos de nuestras creencias científicas y filosóficas.»

esos enigmas, adopten soluciones pseudo-científicas que responden, no á la serena investigación de la verdad, sino á tendencias perniciosas. Porque es de notar que, prescindiendo de los sabios cristianos y de algunos otros que, manteniéndose fieles al método experimental, reconocen con Quatrefages que los problemas de los orígenes y de las naturalezas, no á ellos, sino á los teólogos y á los metafísicos competen, los demás, en su mayoría, sustituyen las soluciones racionales de la filosofía cristiana con otras tan antirracionales como anticientíficas, tan absurdas como antirreligiosas.

Dos son, en efecto, los sistemas científicos más corrientes en lo relativo á los grandes problemas de las ciencias, á saber: el positivismo y el monismo. Aquél, hoy más comunmente denominado agnosticismo (1), no reconociendo otra fuente de verdad que la observación y la experiencia, declara que todo cuanto fuera de ellas está, aunque puede existir ó no existir, es verdaderamente incognoscible y, por consiguiente, indigno de la investigación intelectual: conduce, como se ve, al escepticismo pirrónico y al indiferentismo religioso.—El monismo ateleológico ateo (2) no sólo declara incognoscible lo que anda fuera de la observación, sino mítico y absurdo, no admitiendo más realidad que la puramente sensible, para así privar á las almas de toda esperanza y llevarlas al panteísmo, al nihilismo, á la desesperación. Lo que á

(1) Sus principales representantes son, Herberto Spencer, Huxley, Romanes, Darwin, Stuart, Hamilton, etc., y los positivistas propiamente dichos, Comte, Littré, etc.

(2) Sus principales representantes, según que se le considere como científico, panteístico, ó francamente materialista (en el cual terminan siempre los otros monismos y aún el agnosticismo) son Haeckel, Taine, Strauss, Vogt, Biechner, Moleschott, etc.

todo trance quieren el monismo y sus secuaces es desterrar el nombre de Dios, sustituyendo la creación con la eternidad de la materia y de la fuerza, las causas finales con las eficientes, la providencia con el hado, la armonía de la naturaleza con la ciega y fatal *selección*, la cual, junto con la *herencia*, el *atavismo*, la *adaptación*, etc., han convertido, como el mismo Delage reconoce (1), en una especie de «divinidades biológicas», cuando expresan sólo grupos de fenómenos que tienen su razón de ser en una ley fundamental y, por lo mismo, en un legislador supremo.

Ese empeño constante de los monistas vese claro en la manera como resuelven el problema del origen de la vida. Estos *sabios* admitirían la eternidad de ella, como admiten la eternidad de la materia, á ojos cerrados, como suele decirse, si no tropezaran aquí mas que con imposibilidades metafísicas, que desprecian; pero tropiezan con una imposibilidad experimental; pues les consta positivamente que la vida comenzó sobre la tierra en época bastante avanzada y, también, que no pudo ser espontáneamente producida, ya que, como afirma Vogt, la generación espontánea «ha sido desmentida, no por los teólogos, sino por los hombres de ciencia.» Parece natural que ante tal imposibilidad siquiera vacilasen, pero, lejos de eso, prefiriendo admitir cualquier cosa antes que á Dios (2), admiten paladinamente la generación espon-

(1) *Structure du protoplasma, héritéité, biologie générale*, Paris, 1896, pág. 17.

(2) *El teísmo cristiano, escribió el P. Valroger (*La Genèse des espèces*, Paris, 1873, pág. 47, 48) está desinteresado en los debates relativos á la generación espontánea. El ateísmo no lo está; pues tiene absoluta necesidad de esta hipótesis para explicar el origen de los primeros vivientes... Burmeister (*Geschichte der Schöpfung*) elimina así al Creador: *No queriendo recurrir á los milagros y misterios, estamos obligados, para explicar la aparición de las primeras creaturas organizadas sobre la tierra, á recurrir á la virtud generatriz de la materia

tánea, y aún la eternidad de la vida, identificándola con las fuerzas físicas. Y para no chocar tan á las claras con la ciencia experimental, inventan nombres muy pomposos, á quienes dan la mágica virtud de enlazar en una evolución gradual toda suerte de fenómenos; desde la caída de una piedra hasta las más sorprendentes manifestaciones de la vida, hasta los instintos y las sensaciones, y la conciencia y la inteligencia humanas.

No se puede negar que la «eterna lucha entre el bien y el mal, entre la ciudad de Dios y la de Luzbel», de que habla San Agustín, ha hoy alcanzado temibles proporciones. En la historia de las aberraciones humanas nunca se ha visto tal trastorno de ideas, germen fecundo de trastornos religiosos y sociales. En otros siglos, la impiedad, por odio que tuviese á Dios, no encontraba con qué reemplazarle, ni tampoco poseía medio de saciar las perpétuas aspiraciones del corazón humano; por esto, si perseguía á Dios, hacíalo invocando su santo nombre, si prometía grandezas, éstas eran ultramundanas; los errores solían ser limitados, quedando á salvo el fundamento de la fe, la cual volvía como espontáneamente á brillar en toda su plenitud. Pero hoy la impiedad procura reemplazar á Dios con la razón cuya autonomía preconiza (1), la sabiduría infinita con el esplendor de la ciencia, los bienes sobrenaturales con los materiales que de los progresos científicos provie-

mista. — Así es como al dogma racional de la creación por Dios, se substituye el más increíble milagro y misterio: la producción de la vida por la muerte y del orden por el desorden.

V. infra, Lib. I, cap. V, otras muchas afirmaciones análogas á las de Burmeister, y aun más chocantes, tomadas de O. Schmidt, Zöllner, Kerville, Soury, etcétera, y sobre todo de Haeckel, *el gran santón del momento, como le llama Dailhé.

(1) V. González, *Historia de la Filosofía*, 1879, t. III, pág. 7.

nen, en suma, el orden sobrenatural con el natural sin Dios. De aquí que los corifeos de la impiedad, declarándose á sí mismos poseedores legítimos de las verdades científicas, declaren constantemente que éstas pugnan con la Religión, y que no cesen de acusar á la Iglesia de fomentadora de la ignorancia, de maestra del error y enemiga de los adelantos científicos, y que concluyan por decir al vulgo: «escoged entre lo que os ofrece la Ciencia y lo que os ofrece la Iglesia» (1). Voces impías que la *turbamulta* de aficionados á estudios oye con placer acabando por la pérdida de la fe ó por el indiferentismo en materias religiosas, la plaga quizá mayor de la sociedad moderna. No debemos forjarnos ilusiones: el mal es muy hondo y muy extenso. «¿A qué altura—pregunta el insigne Duilhé de Saint-Projet (2)—está hoy el espíritu humano en materia de creencias religiosas y filosóficas? ¿En qué estado se encuentra la lucha formidable del pensamiento libre con el pensamiento cristiano? ¿Es verdad, y estas palabras son muy autorizadas, que *estamos en una época nueva de experimentos y en presencia de un fenómeno más vasto que la audaz explosión de una herejía?*» (3) ¿Cuál es el número, cuáles son las fuerzas de los que no creen nada, y han declarado la guerra á toda creencia?... (4) La contestación

(1) V. Huxley, *L'Evolution et F. Orig. des esp.* Paris, 1892, pág. 41, 125, 126, 128; Hockel, *Histoire de la création*, trad. de Letourneau, 3.^a ed. Paris 1884, pág. 7, 27, 28, y 502; Kerville, *Cause les sur le transf.* Paris, 1887, pág. 64, 33^a, etc.

(2) *Apología científica de la fe cristiana* (versión de Pezrolón, Valencia, 1886), pág. 20 y siguientes.

(3) Palabras del Cardenal Newman.

(4) «¿Dónde estamos nosotros, —añade aquí el autor,—católicos y filósofos espiritualistas, que hacemos para rechazar la invasión del escepticismo religioso y del materialismo en las almas?... ¿Nuestros medios de defensa están en armonía con los medios de ataque hábilmente transformados? ¿Cuál es nuestra ciencia

á estas preguntas es dura de oír. Puede ser que se nos acuse de pesimismo, si exponemos al desnudo la verdad.»—En vista de esto, el autor apela aquí al testimonio de la *Revista Católica* de Lovaina (1), de la cual toma entre otros, los siguientes párrafos:

«No puede negarse que hoy la ciencia domina al mundo que piensa, y forma sus ideas y sus opiniones. Ningún mal habría en ello, si todas las cosas conservasen su naturaleza y su rango; pero no es así desgraciadamente. Los adversarios de toda religión hacen de la ciencia la antítesis de la fe. Sus esfuerzos tienen demasiado éxito. Sería pueril y peligroso disimularlo, porque la ignorancia del mal impide buscar el remedio.

»Después de la época del progreso y esplendor que distinguió al comedio de este siglo, la religión ha sufrido pérdidas deplorables, y la fe se ha extinguido por completo en numerosos corazones. El mal ha tomado además un carácter mucho más grave... Actualmente se alardea y se predica á voz en grito el más profundo desprecio; se mira al Cristianismo como la religión más absurda que ha existido; la Biblia no es más que una colección de las fábulas paganas más despreciables...

»Más de cien revistas científicas distribuyen periódicamente la ciencia por el mundo entero y forman los sistemas reinantes, que otras hojas casi innumerables vulgarizan entre el pueblo. Ahora bien de estas revistas que forman así la opinión general, y cuya lectura es necesaria al mundo científico, ¿cuántos hay que estén en manos de los católicos y que defiendan su causa?

en frente de la que se nos opond? ¿De qué autoridad gozamos en lo que se llama mundo sabio? ¿Estamos, como nuestros abuelos de los grandes siglos cristianos, á la cabeza de todos los progresos intelectuales?

(1) Octubre 1892.

»Aparece un sistema destructor de nuestra fe; un hombre, frecuentemente más celoso que preparado al efecto, nos da una refutación apologética que satisface á la generalidad, y nos imaginamos que todo se salvó. Y no se piensa que el sistema funesto persevera á pesar de las críticas, de las cuales no se preocupan lo más mínimo las revistas científicas; y que continúan sus destrozos. Esta es una de las causas, la principal, de la decadencia del Cristianismo.

»Muchos de nuestros amigos juzgarán exajerados tales temores y creerán que el mal no es tan profundo ni tan intenso... No leyendo más que libros y revistas católicas, no tratando íntimamente mas que á católicos, ¿cómo pueden formarse idea exacta de lo que pasa fuera de nuestro campo y en ese límite donde se encuentran los desertores y los apóstatas?... No se conoce mas que de una manera imperfecta esa propaganda activa y febril, que el ateísmo persigue, no sólo en sus libros y periódicos, sino también en las conversaciones íntimas, en los cafés y en los salones, propaganda que se extiende á la mujer y aún á los niños. ¿Qué es vuestra fe? les dicen, ¿qué son sus defensores? Entre los hombres de ciencia no hay uno que la sostenga todavía.

»Se cree generalmente, entre los católicos optimistas, que la necedad y la futilidad de las objeciones las hacen inofensivas y que no hay motivo para preocuparse tanto cuando son de esta naturaleza. Esta es una idea tan falsa como funesta; las más ineptas son con frecuencia las más peligrosas.

»Que los que duden aún, examinen la cosa de cerca, que salgan de su aislamiento, que interroguen á los que están en condiciones de conocer los tiempos, los hombres

y las necesidades de la época, y pronto quedarán convencidos. La ignorancia del mal y de su extensión es, sin duda alguna, lo que le ha permitido crecer y causar tales destrozos».

Veamos, para concluir, cómo se expresa el más ilustre representante de la Apologética en España. «La atmósfera científica que nos rodea, dice el Cardenal González (1), hállase saturada de ideas, aspiraciones y tendencias anticristianas y antibíblicas. Y no es raro descubrir esas ideas y aspiraciones en el libro de hombres de talento y saber indisputables, pero que, arrastrados por lo que pudiéramos llamar la pasión de los hombres de ciencia contra la Religión de Jesucristo, subordinan la investigación científica á la negación religiosa, y buscan en las indagaciones y teorías de la ciencia, no el conocimiento de la verdad, sino el argumento contra la fe cristiana y contra la Biblia, que le sirve de norma y fundamento... Es cosa corriente dar por cierto y demostrado que la doctrina católica en general, y con especialidad muchas de las ideas y enseñanzas contenidas en la Biblia, no pueden conciliarse con los descubrimientos de la ciencia, con los grandes progresos por ésta realizados, siendo preciso elegir entre la fe católica y la verdad científica, entre la Biblia y la ciencia».

(1) *La Biblia y la Ciencia*, Madrid, 1891, prólogo, pág. X y sig.